

blancura de papel macado; le causó miedo y huyó sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban de libertad; y los que á aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando en monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver, mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos molestando por la luz reglamentaria á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño sus enemigos, aquellos que querían matarle y á los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaba con cruel pinchazo.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza, admirándole con entusiasmo: "¡Qué bruto es Rafael!" La mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del ayuntamiento le halagaban, dándole escopeta de guardia rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía á "los otros," los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también de presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y, como consecuencia inevitable vino la espera del acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que, no chillase ni patease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros;

el juicio, en el cual todos los que antes le temían, se vengaron de los miedos que habían pasado, declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romance, había escuchado siempre con entusiasmo y se reconocía con tanto redañó como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y lloriqueaba no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobas é higos que en la cárcel llaman café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que ya iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Qué si era buen cristiano? Sí, padre. Respetado á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender el rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas. Después el cura le hablaba de Jesús, que con ser hijo de Dios se había visto en situación semejante á la suya, y esta comprobación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte, pero á gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer, con la niña que había nacido estando él preso, rondaba la cárcel pidiendo el verle, no dudó ya. Cuando aquella dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto y se agarró con furia á esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba á aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una "firmica."

REGALO DE "EL IMPARCIAL"

EL

Orgullo de una Raza

POR

CARLOTA M. BRAEME

Linotipografía, de "El Imparcial," Puente Quebrado Núm. 4.

MEXICO D F.

1908

CORTESE A LO LARGO DE

CORTESE A LO LARGO DE ESTA LINEA

El Orgullo de una Raza

CAPÍTULO PRIMERO

—Bibiana,—dijo lady Neslie,—he estado pensando acerca de lo que me dijo Mr. Norman y estoy de acuerdo con él; es preciso darle un ayo á Osvaldo.

El bello rostro de Bibiana se iluminó como si hubiera recibido una gran merced.

—He resuelto,—continuó milady,—ultimar el asunto inmediatamente.

—Habrá que buscar un profesor de Oxford, á ser posible,—observó Bibiana.

—No, prefiero un francés,—declaró milady.—Yo no soy inglesa. Los profesores de Oxford serán tan sabios como quieran... pero no tienen atractivos para mí. Quiero que mi hijo tenga un ayo francés.

Miss Neslie no quiso objetar; mejor un ayo francés que ninguno. Hubiera preferido un profesor inglés, pero aquel asunto era de la exclusiva competencia de su madrastra.

—En París encontré con un primo mío... no primo realmente, pues ya se sale de la parentela... Enrique de Nouchet... y me preguntó si sabía de alguna colocación idónea. Como no había pensado dar ayo á Osvaldo, contesté negativamente; pero ahora se me ocurre que puede ser la persona indicada.

—¿Es competente?—preguntó Bibiana.

—Mis amigos no son tan ignorantes como usted pudiera imaginar,—replicó milady altivamente.

Pero Bibiana no quiso ofenderse; estaba en juego algo de mucho interés para dejarse llevar de pequeñeces; los sentimientos egoístas debían

dejarse á un lado; tenía sobre el tapete un asunto.

—Querida Valeria,—dijo con calma,—no imagino nada que sea ofensivo. Un hombre puede ser tan bueno é inteligente como se quiera, y, sin embargo, inepto para la enseñanza; el profesorado requiere capacidades peculiares.

—Quiero hacer lo que me plazca,—anunció milady.—Enrique de Nouchet será el tutor de mi hijo, y hoy mismo le escribiré ofreciéndole la plaza. Quizás rehuse... es poca cosa para un *Se Nouchet*; pero le pagaré espléndidamente y le trataré como de familia, si acepta.

—Perspectiva poco agradable,—pensó miss Neslie;—pero todo por bien del niño.

Milady prosiguió:

—Hemos de hablar de otra cosa, Bibiana. Pronto hará un año que murió mi pobre marido... su buen padre. Naturalmente, yo lo siento mucho y todo lo demás, pero creo también que pudiéramos hacer algo para animarnos... una comida ó un baile sin mucho ruido. Podría usted dejar ese luto agobiador y alivar un poco el negro. Si Mr. de Nouchet viene, créala que esto es una cárcel.

—Usted manda en su casa,—replicó Bibiana.—No pienso dejar el luto hasta que no se haya cumplido el año, ni mucho menos aparecer en bailes ó comidas de gala. Eso sería ofender la memoria de mi padre.

—Puede usted hacer lo que guste,—observó la viuda.—y yo haré otro tanto.

—Valeria,—dijo miss Neslie,—no se enfude usted si le digo una cosa. Si ese caballero viene á dirigir la educación de Osvaldo, seguramente no pretenderá que se le dediquen festejos de ninguna clase.

—Eso se lo dirá él cuando venga,—repuso lady Neslie riendo.—Hoy pienso escribirle. Es-

pero que usted aceptará, y entonces esto se animará un poco.

Bibiana oyó esto con considerable recelo. Temía un presentimiento sobre la llegada de aquel Enrique de Nouchet que se hubiera avergonzado de confesar y que apenas hubiera podido expresar en palabras. Las antiguas dudas y sospechas que había abrigado acerca de su madrastra, volvieron á su mente. Estaba inquieta; el honor de la casa había sido confiado en sus manos.

Tan sólo á una persona podía consultar, una sola á quien podía acudir en un momento de prueba. Contóle á Gerardo Norman la conversación que había tenido con lady Neslie.

—No puedo explicarle mi presentimiento,—dijo,—el mismo sentimiento de depresión y desgracia que cuando vino usted á buscarme la noche que mi padre se puso enfermo. No puedo dar cuenta, pero me parece que si ese extranjero entra en casa, vendrá la desgracia con él, como vino con lady Neslie.

Gerardo comprendió, pero se sintió impotente para prestar ayuda.

—Serviría de algo el que yo tomase informes en París?—dijo.—Al menos sabríamos quién es ese Enrique de Nouchet.

—Y qué adelantáramos con eso, Mr. Norman? Aun cuando llegásemos á saber que es incapaz moral y mentalmente, esto no impediría á milady el hacerle venir. Posée todo el poder. Ahora veo la falta de previsión que ha cometido mi pobre padre. Debiera haber puesto á Osvaldo bajo la tutela de una persona idónea, con facultad para poder interceder en su educación.

—Sí, debió prevenirlo,—dijo Mr. Norman.—Lo único que podemos hacer es esperar por lo mejor. Lady Neslie tendrá algún miramiento á la opinión, si no á usted. No creo que quiera arriesgar su crédito trayendo una persona indigna á su casa. Si así lo hiciese sería preciso...

Hizo una pausa.

—Preciso qué?—preguntó la joven.

—Apelar á las leyes. Pero hasta entonces, querida miss Neslie, no pierda usted las esperanzas.

Con súbito, franco impulso, ella le tendió la mano, diciendo:

—Es usted un verdadero amigo. ¿Qué haría yo en este momento de apuro sin usted?

Y, á haberle dado todo el mundo, no le hubiese hecho tan orgulloso y feliz como con aquellas palabras. Bibiana comprendió que no le restaba más sino tener paciencia. Toda esperanza de bien por parte de Valeria había concluido.

Algunos días después le dijo Valeria:

—¿Recuerda usted lo que hablamos hace poco respecto á un ayo para Osvaldo? Tengo el placer de manifestarle que he realizado mi propósito; Enrique de Nouchet acepta.

Milady miraba á la joven con rientes y malignos ojos.

—Será un alivio para mí tener un amigo en quien poder confiar. Enrique de Nouchet, por supuesto, es hombre de talento. Cuando trans-

curran algunos años Osvaldo irá á Oxford y entonces Mr. de Nouchet sucederá á Mr. Norman.

Bibiana nada dijo; comprendió que era inútil. —Bibiana,—continuó milady,—espero que le encuentre usted digno de ser amable con él. Si no, ya sabe usted la alternativa. Estoy determinada á que quede satisfecho de su estancia en casa.

Por el honor de la casa reprimió la joven la ardiente pasión de su indignado orgullo. Si ella se marchaba, dado el presente estado de cosas,

—Ay, padre mío,—murmuró la infeliz doncella,—qué carga me has dejado!

Sintió alguna sorpresa al encontrar que lady Neslie había elegido dos de los mejores aposentos de la casa para el ayo, consistentes en un espacioso gabinete y una lujosísimo alcoba.

—No es una persona ordinaria,—observó milady altivamente.—Para personas como Mr. Dorman no me hubiese tomado tanto trabajo; pero M. de Nouchet es un caballero y pariente, aun cuando distante.

—Siempre había creído que los D'Este eran una familia muy rica,—observó Bibiana.—¿Cómo es que este caballero se ve obligado á ganarse la vida?

Milady tuvo un acceso de tos.

—Mi querida Bibiana,—dijo,—mi padre era de D'Este y mi madre de Nouchet... y los de Nouchet siempre han sido pobres.

Los aposentos fueron preparados con gran enojo de Bibiana. Compróse un nuevo caballo de silla, destinado para uso de M. de Nouchet.

—¿Piensa usted que el ayo de su hijo pasará mucho tiempo montando á caballo?—preguntó Bibiana.

Y Valeria replicó con risita burlona:

—Lo que hará el ayo de Osvaldo se verá cuando venga.

Llegó por Mayo. Aparentemente no tenía gran prisa por ocupar el empleo que le ofrecía lady Neslie. Llegó en Mayo, cuando florecían las lilas, y los laburnos brillaban como fuego en medio de las verdes hojas.

Bibiana observó aquello con una admiración que parecía temor. Parecía mejor la llegada del dueño de la casa que la de un dependiente. Se le envió el carruaje á la estación; se aplazó la comida.

—Enrique está acostumbrado á comer bien,—dijo milady.—No le gustaría una comida de cualquier manera.

—¿Pero,—preguntó Bibiana,—quiere usted que el ayo coma con nosotros todos los días?

—Mi hijo y su ayo,—replicó Valeria.—Ya es hora de que el niño aprenda maneras.

—Pero es que yo no he oído jamás semejantes arreglos...

—Probablemente oirá usted de algunos que le sorprenderán más,—contestó milady riéndose.

—Sólo una cosa he de decir... si usted no quiere comer con mi pariente, que es también mi amigo, no se esfuerce usted en acompañarnos.

Así, con profunda desesperación, Bibiana observaba el curso de los acontecimientos, y el

cuatro de Mayo entró Enrique de Nouchet en Lancewood.

CAPITULO II

Miss Neslie sobresaltóse un tanto cuando entró en el salón, el día de la llegada del ayo, al verle sentado allí, riendo y conversando con lady Neslie en los términos más familiares. Estaban ambos en un diván y Osvaldo jugaba por allí cerca. Milady había hecho desaparecer el último vestigio del luto. Aparecía radiante con un traje de seda rosa y encaje blanco, ostentando diamantes en los cabellos y en el cuello. Enrique de Nouchet la contemplaba con ojos llenos de admiración cuando Bibiana entró en el salón.

Monsieur se levantó vivamente, mirando con respeto á la alta, majestuosa joven, cuyo bello, noble rostro, y torneado cuello salía de una nube de crespón negro. Valeria levantóse también é hizo la presentación de M. de Nouchet en breves palabras.

—Un primo mío,—dijo.

Pero, á una jovial observación del forastero, se corrigió:

—Primo exactamente, no; pariente lejano, sí.

El ayo inclinóse y dijo que milady le hacía mucho honor. Bibiana le habló con mucha amabilidad, aun cuando estaba enojada de encontrarle allí, y de observar su demasiada intimidad con lady Neslie. El ayo no entró en conversación con ella desde el primer momento; parecía mejor estudiarla. Y se comportó también con más gravedad después de su entrada. Tomó á Osvaldo en sus brazos, pero el niño no pareció mostrarle gran amistad.

—Tienes los ojos negros y no me gusta tu cara,—dijo con su habitual encantadora franqueza.—Quiero más á Mr. Norman.

El rostro del ayo se oscureció.

—¿Quién es Mr. Norman?—preguntó después de unos momentos.

Y milady replicó:

—El secretario que fué de mi difunto esposo. Hoy es agente, secretario, apoderado y todo lo demás. Vive aquí, pues sin Arturo, mi marido, le quería tener cerca.

—Vamos... una especie de factótum... un servidor de confianza.

—Sí,—dijo milady.

—No,—objetó Bibiana tomando parte en la conversación.—Mr. Norman era un buen amigo de mi padre, y hoy es un buen amigo mío.

El ayo miró á las dos mujeres con alguna sorpresa. Milady sonrió significativamente y le dijo algo en francés de una manera tan rápida que Bibiana no pudo oírlo; el ayo sólo la miró con más atención. Entonces sonó la campana llamando á comer y milady tomó el brazo del ayo.

—Va á comer Osvaldo con nosotros, Valeria?—preguntó miss Neslie.

—Ciertamente,—fué la brusca respuesta.

Bibiana tomó la mano del niño y siguió a la

riente pareja al comedor. El corazón le ardía en el pecho; su colérico desdén era tan grande, que con dificultad podía reprimirlo; pero le era preciso sostener el honor de su raza y no quería exponerlo á la murmuración.

Como de costumbre, Valeria ocupó la cabecera, sentándose al ayo á su derecha. Bibiana, cuyo rostro estaba encendido de vergüenza y humillación, vió la admirada expresión de los criados; sorprendió la mirada de indignación del anciano mayordomo dirigida á lady Neslie. Pudo imaginarse los comentarios, las habillitas, el disgusto de los pocos fieles servidores que habían quedado.

Monsieur de Nouchet trató al principio de entablar conversación con miss Neslie; estuvo de lo más cortés y deferente; dirigióla cumplimientos que ella recibió en perfecto silencio.

—Ese hombre no conoce su posición,—pensó.—un ayo no tiene el derecho de ponerse en un pie de igualdad conmigo.

Después le volvieron á la mente todas sus buenas resoluciones. Si podía beneficiar á Osvaldo hablando con aquel hombre, por repulsivo que le fuese, lo haría; si podía interesarle y hacerle comprender sus miras acerca del niño, desearía todo sentimiento de enojo y mortificación; se sobrepondría á todo sentimiento personal y cumpliría su deber.

Se sometió á una ruda prueba; antes de que la comida hubiese terminado, era tan claro para ella como para los criados, que el ayo sería el amo y señor. Lady Neslie le consultaba; defería á sus deseos como lo hubiese hecho con sir Arturo; se mandaron sacar para él los mejores vinos de la bodega; se avisó al cocinero que debía preparar cierto número de platos franceses todos los días. Lady Neslie le preguntó si querían.

Bibiana estaba horrorizada. ¿Qué nueva desgracia era esta que había caído sobre la infeliz mansión de los Neslie? Hubiese dado cualquier cosa por escapar á su habitación; pero temía los comentarios de la servidumbre si dejaba sola á los dos amigos. El niño fué enviado á la cama y Bibiana imagnó—no estaba segura—que Valeria había dicho á M. de Nouchet:

—No le dará á usted mucho que hacer.

Preguntóse si aquello no era un terrible sueño, una espantosa pesadilla. Encaminóse al piano y comenzó á tocar. Valeria pareció no fijarse y el ayo ocupó de nuevo su asiento junto á milady. Hablaron, rieron, bromearon, acentuándose el calor en las mejillas de Valeria; todo jovialidad y sonrisas, mientras Bibiana observaba en silencioso estupor.

De pronto, lady Neslie cruzó el salón para decirle lo siguiente:

—Bibiana, monsieur de Nouchet y yo pensamos ir mañana á Ladypool, á caballo. ¿Quiere usted acompañarnos?

La pregunta era sencilla; la respuesta más difícil. Bibiana se preguntó si podía rebajarse á hacer el tercio en semejante partida. Su corazón se rebelaba á la sola idea; no le era posible ponerse en iguales términos. Su conciencia

preguntó qué cosa era peor: que pareciera identificarse con ellos, ó que ellos llamasen la atención cabalgando solos á través de la campiña. Una súbita evasiva se le ocurrió.

—¿A Ladypool?—dijo.—Pero, ¿no habrá tiempo para esto, Valeria, si Osvaldo ha de empezar sus lecciones?

—Monsieur de Nouchet quiere tomarse unos días antes de empezar... le he prometido enseñarle las cercanías. Pero puede usted venir ó no... como le plazca.

—Dios me ampare,—pensó ella,—pues no sé qué hacer! No quiero comprometerme ahora,—añadió fríamente;—mañana tendré tiempo para decidir.

Pensó que quizás la mañana le traería más clara reflexión. Milady pareció perfectamente indiferente. Bibiana tocó hasta cansarse y luego tomó un libro. Leyó hasta pasada la hora habitual de retirarse, en tanto que Valeria y el ayo charlaban y reían; pero se dijo que, por penoso que le fuese, tenía el deber de permanecer allí. Debía estar donde quiera que la falta de corrección de Valeria hiciera precisa su presencia.

Eran cerca de las doce cuando Valeria se levantó y dijo:

—Estoy perdiendo mi primer sueño. ¿No está cansada, Bibiana?

Monsieur de Nouchet se inclinó profundamente sobre la blanca mano de milady; Bibiana ni siquiera levantó los ojos al darle las buenas noches.

Aquella noche no pudo dormir; estaba inquieta y afligida. ¿Qué significaba aquella terrible familiaridad? ¿Cómo terminaría aquello? ¿Cómo guardar intacto el honor de la casa?

Levantóse á la siguiente mañana esperando, contra toda esperanza, mejores cosas; pero al entrar en el comedor, vió al ayo, y ahora no había la excusa de estar presente el niño. Ocupaba el asiento favorito de su padre; preguntó si habían llegado los periódicos; indicó un plato que quería para el almuerzo. Si el desayuno llega á durar más tiempo, Bibiana hubiese perdido la paciencia. Aquel hombre se conducía como si fuese el dueño de la casa. Miss Neslie apenas podía sufrir este pensamiento.

Después del desayuno, los caballos fueron ensillados. Milady descendió las escaleras, radiante con su traje de amazona. Llevaba un precioso latiguillo—regalo de sir Arturo—en la mano.

—No quiero pedirle á usted de nuevo que nos acompañe, Bibiana,—dijo jovialmente.—He recordado aquel adagio de que "Dos son compañía, tres no son nada."

De modo que no le quedaba á miss Neslie el derecho de elección.

Estuvo contemplándolos hasta que los perdió de vista, y después, con el desaliento en su rostro y la desesperación en su corazón, fué en busca de Gerardo Norman.

—¿Qué podré hacer?—dijo con apasionado acento.—¿Qué haré? Si le hago observaciones á lady Neslie, se ofenderá y empeorarán las cosas. ¿Quién ha oído nunca que se traiga á casa un extraño y se le trate como si fuera el dueño?

Gerardo no sabía qué decir ó aconsejar; tan sólo podía tratar de calmar su desesperación.

—Las cosas cambiarán probablemente dentro de pocos días,—dijo.—Lady Neslie evidentemente aprecia á su primo ó lo que sea. Después que le haya enseñado la comarca, y termine la excitación de su venida, con seguridad que se conducirá de otro modo.

—Y entretanto, ¿quién evita el escándalo?—preguntó miss Neslie.—Vé, ayer la extrañada expresión en el semblante de los criados. Piense usted en el escándalo, en los comentarios, en la murmuración, cuando se sepa que lady Neslie y el ayo de su hijo salen juntos á caballo... que vive como un miembro de la familia.

—Sólo podemos esperar que lady Neslie quiera recordar la opinión pública, y lo piense detenidamente antes de desafiarla,—dijo Gerardo.

Y, en cuanto Bibiana reflexionó sobre la materia, vió que sólo podía esperar el curso de los acontecimientos.

Las cosas no mejoraron. M. de Nouchet almorzaba con ellas; pasaba la tarde discurrendo por los invernaderos con milady; comía y pasaba la velada con ellas. Aun no se había hablado nada del niño ni de sus lecciones. Bibiana dejó pasar la irregularidad aquel día, pero prometióse hablar al siguiente.

Lo que le repugnaba sentarse á tomar el desayuno con ellos, no puede expresarse; pero sabía que, si daba orden de que no se lo sirviesen en su habitación, daría pie á toda clase de habillitas entre los criados, y esto, ante todo, es lo que debía evitarse. Descendió las anchas escaleras; parecía que su ausencia ó su presencia eran de poca significación; milady y el ayo estaban embobados en amigable plática. En respuesta á cierta observación de M. de Nouchet, Valeria dijo:

—Hoy daremos un largo paseo. Llegaremos al parque de Nuncham.

Parecióle á Bibiana una ocasión oportuna para hablar. Levantó la cabeza y clavó los ojos en el rostro del ayo.

—¿Cuándo piensa usted, monsieur,—dijo,—empezar las lecciones de sir Osvaldo?

Algo desconcertado por este súbito ataque, el ayo volvió los ojos á milady.

—Cuando lady Neslie lo tenga por conveniente,—replicó.

—Y todavía no he pensado en ello,—añadió Valeria.—Empezará usted cuando yo se lo indique, y no antes. ¿Tiene usted alguna razón particular para desear saberlo, Bibiana?

—Tan sólo que las gentes van á pensar muy extraño que haya usted buscado un ayo que jamás da una lección,—contestó miss Neslie.

—No se preocupe usted,—dijo Valeria riendo.

—Si Mrs. Gruñona dice algo, envíemela usted á mí y yo le contestaré.

El ayo miró alternativamente á las dos mujeres.

—¿Y quién es Mrs. Gruñona?—preguntó.

—Una señora á la que me gusta pinchar y asustar,—dijo Valeria.—Sé manejar sola, Bibiana; muchas gracias.

Y aquel día Gerardo Norman reanudó las lecciones del niño.

CAPITULO III

Este desagradable estado de cosas en Lancewood duraba ya medio mes. Una ó dos veces el ayo había enviado por el niño ó intentado darle lección; pero ésta había durado poco, y se había convertido en juego.

Bibiana había tenido muchas desazones. El anciano mayordomo, Holmes, le había pedido una entrevista, preguntándole, entre mil excusas y perdonos, si era cierto que el ayo iba á comar todos los días con la familia, y si él debía continuar sirviéndole los mejores vinos y licores de la bodega.

—Debe usted obedecer á lady Neslie,—dijo Bibiana.

—Lo haré así si usted me lo manda, miss Neslie; pero se me ha de permitir que diga que soy antiguo servidor... sir Arturo tenía confianza en mí, y si no fuera por usted, miss Neslie, no estaría una hora más en Lancewood.

Ella levantó su alarmada faz.

—¿Y por qué no, Holmes?—preguntó.

—Las gentes andan diciendo cosas muy raras, miss. He vivido aquí desde que era muchacho. El nombre de este lugar me es querido. Jamás creí que se hablara ligeramente de Lancewood.

El rostro de Bibiana se encendió como la púrpura.

—¿Y quién habla ligeramente de esta casa?—preguntó.

—Todo el mundo que sabe lo que pasa aquí, miss. Milady es extranjera, y quizás no conozca las costumbres inglesas, pues de otro modo no estaría siempre paseando y hablando con el ayo de sir Osvaldo. Le pido á usted perdón, miss, pero esto me mortifica.

Y á ella también le mortificaba; pero, ¿cómo evitarlo? ¿qué podía hacer?

El antiguo servidor vió la fatigada expresión en aquel rostro.

—No debe pensar usted en dejarnos, Holmes; es preciso que permanezca usted con nosotros por el honor de la casa.

Y después de esto, el anciano hubiese preferido la muerte á salir de Lancewood.

Aumentó la perplejidad de Bibiana. Recibió una esquila de lady Smeaton, suplicándole que se pasase por su casa, pues quería hablar con ella. Acudió Bibiana, y, tras las saluciones de rúbrica, la Smeaton dijo:

—He enviado á mis hijas á dar un paseo á caballo, porque quería hablarla á usted á solas, Bibiana. Querida mía, ¿quién es ese caballero que está en Lancewood?

El corazón de la joven desfalleció á esta pregunta; un sentimiento de apasionado desaliento se apoderó de ella. ¿Qué hacer? Miró el bondadoso semblante de su anciana amiga, y, mediante un violento esfuerzo, pudo dominarse.

—El ayo que ha buscado lady Neslie para su hijo.

—Así, pues, ¿es el ayo de su hijo con quien milady cabalga todos los días, dando no poco qué decir? Bibiana, ¿sabe usted que la gente murmura cosas muy desagradables sobre el asunto?

—Siento el saberlo, pero soy impotente para remediarlo,—dijo Bibiana.

—Espero que este estado de cosas tendrá pronta terminación,—observó lady Smeaton,—pues de otro modo Lancewood no sería residencia á propósito para usted, Bibiana.

—Querida lady Smeaton, no puedo marcharme de allí. Mi padre dejó confiado en mis manos el honor de su raza.

—¿Y no puede usted hacer nada para evitar el escándalo?—preguntó lady Smeaton ansiosamente.

—No,—replicó Bibiana con desaliento.—Monsieur de Nouchet es un pariente distante de lady Neslie, y ella reclama el derecho de tratarlo como un huésped, por más que sea un dependiente retribuido.

—Tengo mis opiniones,—dijo lady Smeaton,—pero no es necesario que la apene á usted expresándolas. ¿Fue una verdadera lástima que sir Arturo se volviese á casar! Debe usted sufrir mucho, Bibiana.

—Sí que sufro,—dijo la joven.

—Recuerde usted siempre que, cuando no pueda vivir en Lancewood, mi casa es suya.

Pero Bibiana le dijo que le era preciso permanecer en Lancewood.

Regresó á casa más infeliz que nunca. Encontró á los "parientes" paseando en carruaje. Valeria le miró con triunfante sonrisa, pero monsieur tuvo la delicadeza de aparecer confuso.

Pero estaba firmemente decidida á soportarlo todo, á transigir con todo, dedicándose por entero al cumplimiento del encargo que su padre le hacía en su testamento.

"La custodia del honor de la casa!"

Estas palabras eran sagradas para ella. Parecía que nadie en el mundo había sido encargado jamás de misión tan gloriosa.

Estaba muy por encima de todo cuanto ella hubiera podido desear: preservar la raza y el nombre que tanto amaba de toda perjudicial influencia. Había estado muy próxima á poseer el dominio de Lancewood. Ahora era de otro: á ella le habían confiado el mantenimiento del honor de la familia.

Y lo mantendrá,—se prometió,—limpio y sin mancha alguna.

Con este objeto se había hecho muchas y nobles reflexiones; nada de débiles alternativas, ni la más mínima tolerancia de celos ó envidia, intervendrían en su elevada misión. Aparte de la presencia de aquel extranjero, que era lo peor del asunto, seguiría dedicando su vida á la enseñanza y educación del joven heredero. Haría cuanto le fuese posible por hacer de él un hombre digno, y, para que esto pudiera ser, le era necesario transigir en cierto modo con las frioleras de Valeria.

Debía descender al punto de congeniar con